

Al servicio de la causa vasca. Biografía de F. J. Landaburu (1907-1963)

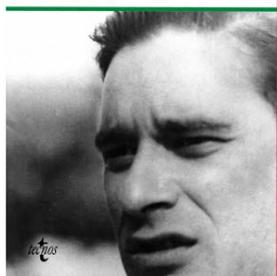
Leyre Arrieta Alberdi

Madrid, Tecnos, 2021, 454 pp.

LEYRE ARRIETA ALBERDI

AL SERVICIO DE LA CAUSA VASCA

BIOGRAFÍA DE F. J. LANDABURU (1907-1963)



“La biografía ya es mayor de edad”, “el género vive en España un período de madurez”: así titulaba un artículo la profesora Anna Caballé en el suplemento cultural *Babelia* del diario *El País* (2-4-2022), comentando varias biografías recientes. En efecto, tras haber sido un género relegado por algunas corrientes historiográficas, la biografía se ha desarrollado mucho desde la última década del siglo XX y en la actualidad goza de muy buena salud. En la historia contemporánea de España el punto de inflexión fue la publicación en 1990 de las biografías de Manuel Azaña y Alejandro Lerroux, hechas

por dos grandes historiadores, Santos Juliá y José Álvarez Junco, respectivamente.

También en la historia de Euskadi se están publicando buenas biografías, como esta de Francisco Javier Landaburu, escrita por Leyre Arrieta, profesora de la Universidad de Deusto. Landaburu fue el miembro más joven de la generación nacionalista vasca de 1936 o de Aguirre, que va desde Manuel Irujo (nacido en 1891) hasta Landaburu (nacido en 1907). En un cuadro sobre sus principales dirigentes que publiqué en el libro *El siglo de Euskadi* (2003), Landaburu figura en las tres vertientes del movimiento nacionalista: la política (diputado en la II República y vicepresidente del Gobierno vasco en el exilio), la sindical (abogado asesor de ELA-STV) y la cultural (secretario del grupo Baraibar de *Eusko Ikaskuntza*, periodista y escritor). A mi juicio, esta generación, protagonista de la República, la Guerra Civil y el largo exilio, ha sido la más importante en la historia del nacionalismo vasco.

Como indica Leyre Arrieta en la introducción del libro, faltaba una biografía de Landaburu, mientras que otros destacados políticos de su generación cuentan con varias. Puedo afirmar que su biografía supera a las que existen sobre Manuel Irujo y Jesús María Leizaola, y se sitúa entre las mejores dedicadas a Telesforo Monzón (2021), obra de Fernando

Martínez Rueda, y a José Antonio Aguirre (2014), escrita por Ludger Mees, José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y José Antonio Rodríguez Ranz. Cabe mencionar que estas biografías de Aguirre, Monzón y Landaburu han sido publicadas por Tecnos, que en las dos últimas décadas ha editado una serie de libros fundamentales sobre la historia contemporánea de Euskadi, en especial del nacionalismo vasco.

Tiene mérito este libro de Leyre Arrieta sobre Landaburu. La biografía citada del *lehendakari* Aguirre fue obra de cuatro historiadores, mientras que ella sola ha elaborado la biografía completa de Landaburu, que coincide mucho con la de Aguirre desde que se conocieron en 1931 al llegar la II República. En esta los dos se volcaron para conseguir el Estatuto de autonomía, fueron diputados del PNV en las Cortes de 1933-1935 y juntos participaron en bastantes mítines. Ambos vivieron odiseas en las que corrieron graves peligros: Landaburu estuvo escondido un año en Vitoria en la Guerra Civil hasta que consiguió escapar a Francia, mientras que Aguirre, con documentación falsa, estuvo en Bélgica y la Alemania nazi durante la II Guerra Mundial hasta que logró embarcar para América. Los dos residieron en París la mayor parte de su exilio, compartieron numerosas actividades y viajaron juntos a muchos congresos, en los que defendieron las

mismas ideas: nacionalistas, europeístas, federalistas y democrata-cristianas. Hay más coincidencias cronológicas entre ellos: Landaburu nació en 1907, tres años después de Aguirre, y murió en 1963, también tres años después del primer *lehendakari*. Ambos fallecieron en París de forma repentina y prematura: Aguirre acababa de cumplir 56 años, Landaburu con 55, sin poder volver a su tierra desde la Guerra Civil. Fueron diputados muy jóvenes en la República: Aguirre lo fue con 27 años en 1931, Landaburu con 26 en 1933. Otros rasgos que tuvieron en común fueron el catolicismo social, el pragmatismo político (salvo en la II Guerra Mundial) y el optimismo, incluso en las circunstancias más adversas.

Me congratulo de haber animado a Leyre Arrieta a hacer la biografía de Landaburu “desde el minuto cero”, como señala en su introducción. El minuto cero fue el día que la conocí en 2006 por ser el presidente del tribunal que juzgó su tesis doctoral sobre la política europeísta del PNV en el exilio, dirigida por el profesor Ludger Mees y publicada también en Tecnos con el título *Estación Europa* (2007). En ella el principal protagonista era Javier Landaburu. Su gran interés por este personaje histórico me llevó a proponerle ese mismo día que escribiese su biografía pues nadie la iba a hacer mejor que ella.

Desde entonces han transcurrido 16 años, en los que Leyre Arrieta ha confirmado que es una excelente historiadora, por lo que esta biografía es ya una obra de madurez, que culmina sus investigaciones sobre Landaburu y su época, que es el tiempo histórico de la generación de 1936. A este libro le ha precedido otro, centrado también en Landaburu, en 2017: la edición crítica de su obra doctrinal *La causa del pueblo vasco* (París, 1956), que para mí es la más relevante del PNV durante el franquismo. Del mismo modo considero que el libro *La nación vasca* (1931) de Engracio Aranzadi (*Kizkitza*) es la mejor obra doctrinal del PNV anterior a la Guerra Civil. La comparación entre ellas permite ver bien la evolución ideológica del PNV desde el nacionalismo tradicionalista e integrista de *Kizkitza* hasta el nacionalismo federal y democristiano de Landaburu. Tal fue su aportación política, que compartió con Aguirre e Irujo. Ahora es fácil comparar sus libros pues han sido publicados por la Universidad del País Vasco en ediciones críticas (la de *Kizkitza* por el profesor Luis Castells en 2015).

Precisamente, un rasgo original de la biografía de Leyre Arrieta sobre Landaburu, que le diferencia de las otras citadas, es que cada una de las tres partes en que ha dividido su vida (1907-1936, 1937-1951 y 1951-1963) termina con un capítulo dedicado al pensa-

miento de este político alavés. Esto le permite resaltar la continuidad de su concepción de la nación vasca, seguidora de Sabino Arana (salvo en la importancia que atribuye a la voluntad del pueblo), y también sus cambios en el exilio, cuando incorpora el europeísmo, el federalismo y la democracia cristiana. La autora señala las fuentes intelectuales francesas que le influyeron para adoptar esas tres corrientes de la posguerra mundial: los filósofos cristianos Jacques Maritain, Emmanuel Mounier y Paul Vignaux, el escritor François Mauriac (Premio Nobel de Literatura en 1952), el político y periodista Marc Sangnier y el jefe del Gobierno Léon Blum (aun siendo socialista, por la preocupación de Landaburu por la justicia social). A algunos de ellos los trató personalmente por ser miembros de la Liga Internacional de Amigos de los Vascos (fundada en 1938), de la cual Landaburu fue el secretario y el principal animador. La consideraba “el Consulado de los vascos en Francia”.

Son muchas las aportaciones de la profesora Arrieta sobre la vida y la obra de Javier Landaburu, y también sobre la historia del nacionalismo vasco, bien enmarcada en el contexto español y europeo. Voy a mencionar algunas de ellas. Ahora conocemos mejor al joven Landaburu, que fue un buen periodista, escribiendo en varios diarios, sobre todo *Heraldo Alavés*, y dirigiendo

do *El Día* de San Sebastián (1930-1931). Sabemos que su gran interés por la cultura vasca le llevó de ser miembro de la Unión Patriótica (el partido creado por el general Primo de Rivera en su dictadura) a afiliarse al PNV. El nacionalismo cultural le condujo al nacionalismo político. Fue también el caso de Monzón, quien pasó de la Unión Patriótica al PNV en vísperas de la República, en la cual los dos fueron diputados y dirigentes *jeltzales*; pero después el radicalismo de Monzón fue la antítesis del pragmatismo de Landaburu durante el franquismo.

Leyre Arrieta analiza en profundidad temas controvertidos de la vida de Landaburu, como su actitud al inicio de la Guerra Civil en Vitoria, cuando fue detenido y firmó escritos contemporizadores con los sublevados bajo coacción de las nuevas autoridades civiles y militares. Al saber que su vida corría peligro, se escondió en la capital alavesa hasta que pudo huir a Francia en septiembre de 1937.

Más polémicas fueron sus actividades en el París ocupado por el ejército alemán de 1940 a 1944. Sus contactos con los nazis fueron autorizados por el *lehendakari* Aguirre y encubrían que al mismo tiempo era un agente de los Servicios vascos de información a favor de los aliados, por lo que estuvo a punto de ser detenido por la Gestapo. Landaburu tocó la “tecla ale-

mana” en su intento de salvar la vida de su gran amigo Luis Álava, jefe de la denominada *Red Álava* de espionaje, que fue fusilado por la dictadura de Franco en 1943. Al término de la II Guerra Mundial Landaburu sufrió un veto temporal de la dirección del PNV cuando su amigo Eugène Goyheneche fue juzgado y condenado por colaboracionista con los nazis.

Asimismo, gracias a la investigación de Leyre Arrieta hemos conocido que, al igual que Aguirre e Irujo, Landaburu tuvo una fase independentista en los años de la Guerra Mundial. Pero, como ellos, en la posguerra volvió a ser un político posibilista que apostaba por una confederación ibérica y una federación occidental. Entonces se convirtió en el mayor defensor del europeísmo y del federalismo en el PNV, siendo su principal representante en Europa. Por eso, la llamada *Doctrina Aguirre* (la reivindicación de una Euskadi libre en una Europa unida y federal) podría denominarse con más exactitud la *Doctrina Landaburu*. A pesar de la gran decepción que fue para él el comportamiento de Francia (la expulsión del Gobierno vasco de su sede en la *Avenue Marceau* de París en 1951) y de las democracias occidentales por reconocer al régimen de Franco, mantuvo su fe europeísta: “Europa se transformó en el último tren y Landaburu fue el maquinista que lo condujo”, aun siendo

la Europa de los Estados y no la Europa de los pueblos que quería el político vitoriano.

Algunas de sus ideas y acciones fueron criticadas por el sector más aranista del PNV, cuyo feudo era *Sabindiar Batza* (Instituto Sabiniano), creado en Bayona en 1950 y encabezado por Ceferino Jemein, el guardián de las esencias aranistas y hagiógrafo del fundador del partido. En el exilio francés las dos alas del PNV estaban representadas por la tradición del “grupo de Bayona” y la modernidad del “grupo de París”.

Esta biografía estudia también la relación de Landaburu con los jóvenes disidentes que fundaron ETA, mediando entre ellos y la dirección del PNV, liderada por Juan Ajuaguerra. Consumada la escisión en 1959, intentó sin éxito que retornaran al seno del partido. Como otros dirigentes *jeltzales*, Landaburu rechazaba el uso de la violencia por parte de ETA, pero ayudaba a sus miembros perseguidos por la dictadura franquista. Entonces ya era *vicelehendakari* en el Gobierno de Leizaola, tras la muerte de Aguirre en 1960, que tanto le afectó: “me dio la impresión de quedarme huérfano, completamente desamparado y sin guía”. Apenas le sobrevivió tres años.

Su fallecimiento dejó un vacío en el PNV y en el Gobierno vasco. Quedó su legado, expresado en su obra *La causa del pueblo vasco*, dirigida so-

bre todo a la juventud de Euskadi, para que conociese lo que había hecho la generación de 1936 y continuase su labor en la construcción nacional de Euskadi. “Landaburu ha europeizado el vasquismo”, afirmó el dirigente de ANV *Tellagorri* (José Olivares Larrondo) en la reseña de su libro publicada en *Euzko Deya* de París (1-6-1958). “Las tesis recogidas anticipan los términos de lo que había de ser el programa del Partido Nacionalista Vasco 21 años después” (aprobado en la Asamblea de Iruña en 1977), según escribió Manuel Irujo en su prólogo a la tercera edición de *La causa del pueblo vasco* (Bilbao, 1977).

La profesora Arrieta ha llevado a cabo su proyecto biográfico de Javier Landaburu con este libro, muy bien escrito y documentado con numerosas fuentes, entre las cuales destaca la rica y copiosa correspondencia de él y de otros muchos políticos, conservada principalmente en el Archivo Histórico de Euskadi y en el Archivo del Nacionalismo Vasco, sitos en Bilbao. No es sencillo el trabajo de analizar tantas fuentes e integrarlas en una narración histórica coherente y ella lo ha logrado. Tiene experiencia en el “oficio de historiador”, del que trata el profesor Santos Juliá en su libro *Elogio de Historia en tiempo de Memoria* (2011): “No hay historiador que no sienta una pasión por los hechos del pasado (...) no hay

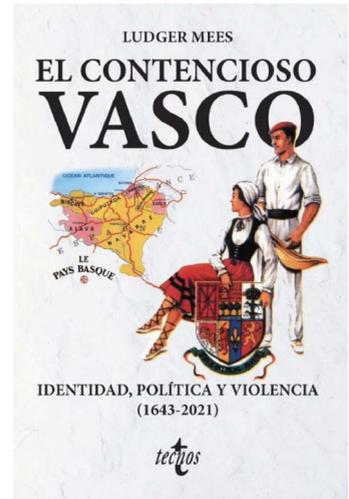
historia si no hay pasión por el pasado: ésa es la marca de nuestra identidad, la que diferencia éste de cualquier otro oficio”. Leyre Arrieta tiene pasión por el pasado y capacidad suficiente para seguir haciendo contribuciones relevantes a la historiografía vasca del siglo XX.

José Luis DE LA
GRANJA SAINZ

El contencioso vasco. Identidad, política y violencia (1643-2021)

Ludger Mees

Madrid, Tecnos, 2021, 386 pp.



No descubro nada nuevo al afirmar que el profesor Ludger Mees es uno de los historiadores contemporaneístas más fructíferos de la historiografía vasca, habiendo publicado numerosos estudios sobre dos temas, en principio, bien distintos. Por un lado, sobre la historia social del vino en Álava, Navarra y La Rioja. Y, por otro, sobre el nacionalismo vasco, su área de estudio más conocida, sin duda, y en la que lleva investigando durante décadas, con numerosos trabajos publicados también en inglés y en alemán, lo que le convierte, sin duda, en un historiador de renombre internacional.